

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año VI.

Murcia 20 de Mayo de 1894.

Núm. 214.

SUSCRICION: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio-trajeta y periódico 1 pta. al mes.

Redacción y Administración

MARIANO PADILLA, 49.

La correspondencia al director. No se devuelven los originales. Número suelto 10 céntimos.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.

Pues señor: los críticos son yerba que arraiga en las ciudades lo mismo que en los pueblecillos, para castigo de la literatura.

Hace unos cuantos días regresó de Novelda un querido amigo y colaborador, el cual nos ha dicho el concepto que nuestro periódico ha merecido á varios redactores de «La Ardilla», semanario festivo, que con gran aceptación se publica en dicha localidad; vamos, si parece mentira.

Entre otras cosas, uno de los Aristarcos dijo: Que LA JUVENTUD LITERARIA era un papelucho insustancial. Verdaderamente tiene razón el joven crítico, porque mas sustancia tiene un chorizo cocido en vino que un ejemplar de nuestra publicación. ¿No es verdad que sí? Pero ahora pregunto: ¿«La Ardilla» es sustancial? Yo he estado examinando varias veces sus columnas y hasta he reproducido en estas algunas de sus composiciones y nunca he tropezado ni con un trozo de majarrana, ni con una langaniza extremeña.

Miento, porque el que escribe la crónica de la semana, se firma Zapateta y Tripitas. Ahora es cuando le veo la sustancia alimenticia al semanario aludido, porque á la borrachera le llamamos zapateta y sin tripitas no es posible la confección de ningun embutido.

Reconozco que tenía razón al hablar de este modo el Aristarco noveldense.

Y pasemos á otro asunto.

Hace algun tiempo que prometi dedicar á una bella señorita, rubia

como los rayos del sol y esbelta como la palmera del Sahara, una composición poética ó un artículo literario, y esta es la bendita hora que no he cumplido mi palabra.

Hoy, mi bella amiga, voy á dedicarte esta parte del palique, que espero ha de gustarte, pues sabes que soy muy gracioso, y ustedes mis queridos lectores podrán juzgar si tengo ó no razón.

Lo que es para inventiva ni en Murcia ni en Aljezares, podrán encontrar uno que pueda competir conmigo.

Ustedes han de asegurar que no soy Modesto, y tendrán mucha razón al afirmarlo, porque soy Ramon; digo, si mi partida de bautismo no está equivocada.

Vaya, basta de preambulo y á empezar la historia, exclamará el impaciente lector.

Voy á complacerte, porque á amable no me gana ni el mismo que inventó las tortas de manteca.

El moro Jamayén, era tan valiente como poderoso.

Y tan enamorado como valiente.

En su harén, tenía tantas mujeres como puede tener un sultán.

Pero entre ellas, una era á la que mas amaba.

Java era su favorita predilecta; todo aquel que la veía se enamoraba perdidamente al contemplarla.

Esta correspondia con creces al cariño de Jamayén. El quererlo tanto, no era porque su físico le entusiasmase, nada de eso, sino por su noble caracter.

El moro, era tan celoso como un Otelo. Al saber que un esclavo suyo se enamoró de Java, lo colgó en la torre mas alta de su palacio.

A su amante le indignó tanto lo ocurrido, que decía:

¿Acaso se figuraba que iba á responder á ese desgraciado? ¡Mi-

serable! Esa ofensa no la olvidaré jamás.

¡Te odio!

Efectivamente, la hermosa Java aborreció á su amante, tanto, que se fugó del harén, acompañada de un fiel esclavo.

El moro juró castigar á la mujer á quien mas quería, ahogándola entre sus brazos.

Al saber ésta los propósitos de su amante, subió á la cima del monte inmediato y se precipitó en el abismo.

La bella sultana prefirió morir estrellada en una roca, que en los brazos del que dudó de su amor.

Le impresionó tanto lo ocurrido al pobre moro, que á poco murió.

La pena del moro fué una pena extraordinaria, y aunque raro, creo que murió de la solitaria.

Lo iba ha haber muerto con morcilla perruna, pero me ha parecido poco estético.

Creo, amiga Angeles, que no te habrá disgustado mi leyenda.

Ya decía yo que para estas cosas me pinto solo.

Y aqui terminó la historia del moro y de la sultana; reza tu por su memoria porque yo no tengo gana.

RAMON BLANCO.



CANTARES

Te quiero poquito á poco, porque las cosas violentas con mucha fuerza principian y acaban con gran tibieza.

No vayas tu á ser de aquellos que suelen pedir auxilio á un santo, y lo olvidan luego que ha pasado ya el peligro.

